

la vasta preparación cultural del autor de *La muerte de Artemio Cruz*. Considerable número de lectores han reparado en la propensión de Fuentes de volver con frecuencia a Playa Girón, Vietnam, la invasión de la República Dominicana de 1965, etc., aun cuando trata un tema completamente diverso. Debemos subrayar que la filosofía izquierdista de Fuentes forma una parte integral de su visión del mundo —no se puede separar el Fuentes literario del Fuentes político—. Los numerosos artículos políticos de él que fueron publicados en las columnas semanales de las revistas y diarios *Siempre!*, *Política*, *El Espectador* y *El Día* durante los primeros años de la década de los sesenta, no figuran en esta colección, pero hay suficientes para llenar varios tomos.

Otro rasgo distintivo de *Casa con dos puertas*, y bastante raro en libros ibero-americanos, es el extenso índice que concluye la obra. Casi 800 autores y obras están citadas —de Santa Teresa de Avila y Charles Baudelaire a Davy Crockett y Doris Day—. Será utilísimo para los futuros investigadores que busquen ideas llamativas sobre cualquier tema de nuestro autor.

Para un bibliógrafo que ha consumido muchas horas hojeando revistas y diarios en busca de más escritos desconocidos de Fuentes, *Casa con dos puertas* es estimulante pero frustrante; y nos reconforta el saber que ahora sus ideas serán accesibles a todo el mundo. Porque es ésta una compilación amplia y notable de uno de los pensadores más intensos y provocativos de nuestros días.

RICHARD M. REEVE

University of California, Los Angeles

EUGENIO FLORIT. *Antología Penúltima*. Madrid: Editorial Plenitud, 1970.

Contiene este libro casi toda la producción poética del autor, menos algunas poesías de la juventud que el poeta ha preferido eliminar. Pero esta nota en modo alguno pretende ser una reseña crítica. Sería imposible después del excelente y bien documentado estudio preliminar de José Olivio Jiménez que precede los textos del poeta, y en el que se señala con precisión y finura la línea evolutiva de la poesía de Florit.

Mi propósito es bien otro. Es destacar no la obra sino al poeta, reafirmar la rara naturaleza poética —repárese en el sustantivo— que hay en Eugenio Florit. De este hombre ingrátido a fuerza de delicadeza puede decirse como de pocos que su poesía es como él mismo. El y su poesía son uno. Por eso las cualidades que a él le distinguen son también las cualidades de su poesía; delicadeza, buen gusto, ternura, desasimiento, amor por lo cotidiano e insignificante en la apariencia, cierto gozo sensual en la belleza de lo natural —un árbol, una flor, un paisaje, un ser humano—, regodeo en lo íntimo como esencial al hombre, amor a las raíces espirituales —familiares, patrias, culturales—, un insobornable amor a la libertad y, sobre todo, una profunda intuición de algo que nos trasciende y

que le hace contemplar la vida como tránsito, sin amarguras o desesperación, sino con esa serenidad, dulzura y humildad del que sabe que todo es como debe ser, más allá de toda soberbia.

Leer su libro, cuyo primer acierto es el título *Antología Penúltima* porque aún cabe esperar de Florit otros poemas, es hallar ilustrados con largueza los anteriores juicios. Y en nada se revelan estas cualidades como en las metáforas que usa el poeta reiteradamente a través de su obra. No podemos detenernos en ellas porque ya advertí que estas líneas no pretendían ser un estudio crítico. Pero sí quiero destacar una imagen que se repite con inusitada frecuencia en la poesía de este cubano-español. O a la inversa, como se prefiera. Y es que esta imagen tiene para mí la condición de símbolo. Es la de la mariposa. No sé si el propio autor ha sido consciente de ello. Tampoco tengo noticias de que se haya reparado en ella antes. Pero para los que conocemos a Florit no es sorprendente esta predilección. La mariposa tiene las mismas características de su alma. Si es flor —no debe olvidarse que es la flor nacional de Cuba— tendrá una delicadeza y una pureza, además de un perfume que rara vez podrá encontrarse en otra. Y si es el insecto alado será bella, ingrátida, amante de lo bello —¿recuerda alguien una mariposa entre lo sórdido y feo, o siempre entre árboles y flores en busca del aire y del sol?—, irisada de colores, con ligereza de movimientos para partir en busca de aires propicios, libre en su fugaz destino. Y así, hasta donde puede adivinarse, es Eugenio Florit.

Ilustremos con algunos ejemplos este uso de la mariposa como metáfora en la poesía florideana. Veamos: "Cuando llegue ese punto de inquietud para el sueño / en que ya no sabrán qué rumbo han de tomar las mariposas, / ("Canción final", p. 72). O ésta:

Como partiste en brazos del silencio apretado
resonará más viva la luz de tus palabras;
y en cada estrofa de aire se enredará un acento,
y en cada mariposa te nacerán más alas.

("Para tu ausencia. A mi padre", p. 98)

O estas otras: "Con aquel palpitar de mariposas encendidas de ocaso / me suben desde el sueño tus manos..." ("Nocturno II", p. 112); "¿Qué imagen, tras los ojos detenidos / en una mariposa del espacio" ("Retrato", p. 132); "Con esas alas de mariposa volandera / que se ponen los ángeles de veras" ("Las dos niñas", p. 210); "Nadie quiso dormir la mañana, / porque al revuelo de unas mariposas / se nos había desvelado el alma" ("Momento", p. 230); "Después de todo, bienvenido / si como mariposa / te me quedaste fijo, clavado por las alas". ("El poema", p. 253). Inclusive Florit dedica toda una poesía a la mariposa. Su título "A la mariposa muerta":

Tu júbilo, en el vuelo;
tu inquietud, en el aire;
tu vida, al sol, al aire, al vuelo.

Qué pequeña tu muerte
bajo la luz de fuego vivo.
Qué serena la gracia de tus alas
ya para siempre abiertas en el libro.

Y en ti, tan suave, en tu morir callado,
en tu sueño sin sueños,
cuánta ilusión perdida al aire,
cuánto desesperado pensamiento.

(“A la mariposa muerta”, p. 133)

¿No se adivina en este poema una autobiografía de Eugenio Florit?... Com-
pletamos estas citas con una en que se alude a la mariposa como flor. Es ésta:

Sobre la espina del recuerdo llega
a gritarme tu voz desesperada,
como una mariposa deshojada
entre las manos de la noche ciega.

(Del libro *Sonetos*, “Soneto 7”, p. 88)

Los ejemplos bastan como indicio de la preferencia del poeta por la imagen
de la mariposa. Su devoción por esta metáfora tiene la misma raíz que las otras
que reiteradamente usa en su poesía: las referentes al agua en todas sus formas
—ríos, fuentes, mar, lluvia, lago), a la luz, a las gaviotas, al aire, a la flor.
En todas ellas trasparece un anhelo común de pureza, de ascensión al más allá,
de serenidad, de belleza; en fin, de espiritualidad.

Y es que para Eugenio Florit el hacer poético es casi religión. Es un modo
—entre muchos otros— de búsqueda, a partir del estar en el mundo del aquí y
el ahora, de la absoluta infinitud de la plenitud lograda que sólo se halla al
trasponer los umbrales de la vida. Que la Poesía —así con mayúscula— como el
demiurgo de los diálogos platónicos nos pone, o pone al poeta, por lo menos, en
comunicación con eso que llamamos Dios. Por ello se ha señalado, con tanta
justeza, el tono elegíaco ínsito en toda la poesía de Florit. Por lo demás, este
libro de fina y honda poesía es un remanso para el alma angustiada del hombre
de hoy.

ROSARIO REXACH

Madrid, 1970

